

EDITORIAL:

VISION LATINOAMERICANA

Desde el comienzo de la transición democrática que tuvo lugar en España, nuestro país ha liderado, con mayores o menores aciertos, la puesta en marcha de un proyecto de colaboración intensa con el resto de los países iberoamericanos que encontró su máxima expresión en el establecimiento de la Cumbres iberoamericanas. Con ello, se daba entidad política a una realidad histórica y, fundamentalmente, cultural que siempre estuvo integrada por elementos políticos y componentes de carácter económico. España y Portugal, como realidad ibérica, perdieron, durante mucho, la “batalla” de las palabras y no se mostraban dispuesta a ser derrotados, como Estados, en los contenidos de la cooperación entre los iberoamericanos.

La Comunidad Iberoamericana de Naciones ha encontrado mecanismos y fórmulas para permanecer en el tiempo y, asimismo, se ha introducido en el debate, en la escena internacional, la presencia de la realidad iberoamericana, dotada de autonomía y de características propias. Sería equivocado mantener que los avances en esta comunidad, desde 1991, no han sido relevantes. Es verdad que no se han alcanzado todas las metas que a la propia realidad iberoamericana le corresponden. Pero, resulta claro que los Estados iberoamericanos, en su conjunto y como comunidad, se encuentran, en la actualidad, en una situación mucho mejor como actores de las relaciones internacionales. Iberoamérica no sólo pervive sino que, también, es un protagonista en las configuraciones políticas, económicas y culturales que se generan en Europa y América.

Ahora bien, ha llegado el momento de introducir cambios en el modelo de cooperación en el espacio iberoamericano. Aunque, en sus inicios y durante algún tiempo, las Cumbres iberoamericanas se veían impulsadas básicamente por el esfuerzo de la política exterior española, el cambio de circunstancias y las posiciones políticas de los Estados de América hacen que se suscite, cada vez con mayor intensidad, la posibilidad de que España vaya cediendo protagonismo en este proyecto y que, al mismo tiempo, sea asumido por otros Estados. Iberoamérica no puede ser sólo un componente de la política exterior española ni definirse, en exclusividad, en términos de españolidad. Todo lo contrario. Los Estados latinoamericanos deberían incorporar en propia política exterior la defensa de la realidad iberoamericana como algo propio. Es verdad que la situación no es igual en todos los Estados de la región y que algunos Estados, como México, siempre han contado entre sus preferencias las relaciones en la órbita iberoamericana. No se trata de una cuestión ideológica o sentimental sino de que los Estados latinoamericanos miren por sus propios intereses y respondan a aspectos muy singulares que le son propios.

América Latina cometería un error si olvida su dimensión iberoamericana, perfectamente compatible con la agrupación de los Estados latinoamericanos en otros bloques políticos o económicos. No sólo la educación, la cultura o la ciencia y tecnología deberían ser objeto de atención en las relaciones iberoamericanas sino, también, la cooperación en muchos ámbitos en los que es plenamente posible. La

configuración de una “ciudadanía iberoamericana” es posible y sólo falta el impulso y la voluntad política que la haga realidad. España y Portugal deben adoptar medidas políticas y legales que permitan una “fácil circulación” de los ciudadanos latinoamericanos, al menos por la Península ibérica y los Estados de Latinoamérica tienen ahora una excelente oportunidad para favorecer el tránsito y permanencia de españoles y portugueses por su espacio. Ningún proceso de integración política o económica se opone a ello y la pertenencia de España y Portugal a la Unión Europea no puede ser obstáculo para ello. No estamos lejos de consolidar la realidad iberoamericana en la escena internacional. Nos conviene a todos.

Es la hora de los esfuerzos compartidos y de incorporar en cada una de las acciones diplomáticas de los Estados iberoamericanos algunos ingredientes que son esenciales para la consolidación de nuestra comunidad. Las posiciones políticas que sostienen los estados cambian y las circunstancias económicas son muy variables, pero lo que permanece son los logros a los que llega la cooperación y que se plasman “en el bienestar de los ciudadanos”. A España y Portugal les corresponde ahora llevar a cabo una reivindicación de lo ibérico, como seña de identidad, y como factor decisivo para estrechar y reforzar la cooperación en el área iberoamericana. Los Estados de Latinoamérica deben estar seguros de que potenciar la realidad iberoamericana les proporcionará beneficios y que ello forma parte esencial de la política exterior. Sin duda, esa es la ventaja de la que disponemos en relación con otras zonas del planeta. Iberoamérica es capaz de subsistir y, además, expandirse en convivencia con otros modelos y ámbitos de cooperación que eligen libremente todos los Estados de la región. La evolución histórica de las relaciones internacionales demuestra, a las claras, que se pueden perder posiciones en la escena internacional si los Estados se equivocan en sus políticas. Iberoamérica no sólo tiene futuro como espacio para la cooperación efectiva sino, sobre todo, tiene un nítido presente que no debemos desaprovechar.